



Bueno... no todo el mundo es un genio.

Algunos de ustedes podrán pensar que esto que acabo de escribir es verdad. Pero yo difiero. Albert Einstein decía “Todo el mundo es un genio, pero si juzgas a un pez por su habilidad para trepar un árbol, vivirá toda su vida creyendo que es un inútil”

Sir Ernest Rutherford, presidente de la Sociedad Real Británica y Premio Nobel de Química en 1908, contaba la siguiente anécdota:

“Hace algún tiempo, recibí la llamada de un colega. Estaba a punto de poner un cero a un estudiante por la respuesta que había dado en un problema de física, pese a que este afirmaba con rotundidad que su respuesta era absolutamente acertada. Profesores y estudiantes acordaron pedir arbitraje de alguien imparcial y fui elegido yo.

Leí la pregunta del examen y decía: *Demuestre cómo es posible determinar la altura de un edificio con la ayuda de un barómetro.*

El estudiante había respondido: lleva el barómetro a la azotea del edificio y átale una cuerda muy larga. Descuélgalo hasta la base del edificio, marca y mide. La longitud de la cuerda es igual a la longitud del edificio. Realmente, el estudiante había planteado un serio problema con la resolución del ejercicio, porque había respondido a la pregunta correcta y completamente. Por otro lado, si se le concedía la máxima puntuación, podría alterar el promedio de su año de estudios, obtener una nota más alta y así certificar su alto nivel en física; pero la respuesta no confirmaba que el estudiante tuviera ese nivel.

Sugerí que se le diera al alumno otra oportunidad. Le concedí seis minutos para que me respondiera la misma pregunta pero esta vez con la advertencia de que en la respuesta debía demostrar sus conocimientos de física. Habían pasado cinco minutos y el estudiante no había escrito nada. Le pregunté si deseaba marcharse, pero me contestó que tenía muchas respuestas al problema. Su dificultad era elegir la mejor de todas. Me excusé por interrumpirle y le rogué que continuara. En el minuto que le quedaba escribió la siguiente respuesta: toma el barómetro y lánzalo al suelo desde la azotea del edificio, calcula el tiempo de caída con un cronómetro. Después se aplica la fórmula $\text{altura} = 0,5 \text{ por } A \text{ por } T^2$. Y así obtenemos la altura del edificio.



En este punto le pregunté a mi colega si el estudiante se podía retirar. Le dio la nota más alta. Tras abandonar el despacho, me reencontré con el estudiante y le pedí que me contara sus otras respuestas a la pregunta. Bueno, respondió, hay muchas maneras, por ejemplo, tomas el barómetro en un día soleado y mides la altura del barómetro y la longitud de su sombra. Si medimos a continuación la longitud de la sombra del edificio y aplicamos una simple proporción, obtendremos también la altura del edificio.

Perfecto, le dije, ¿y de otra manera? Si, contesto, este es un procedimiento muy básico: para medir un edificio, pero también sirve. En este método, tomas el barómetro y te sitúas en las escaleras del edificio en la planta baja. Según subes las escaleras, vas marcando la altura del barómetro y cuentas el número de marcas hasta la azotea. Multiplicas al final la altura del barómetro por el número de marcas que has hecho y ya tienes la altura. Este es un método muy directo. Por supuesto, si lo que quiere es un procedimiento más sofisticado, puede atar el barómetro a una cuerda y moverlo como si fuera un péndulo. Si calculamos que cuando el barómetro está a la altura de la azotea la gravedad es cero y si tenemos en cuenta la medida de la aceleración de la gravedad al descender el barómetro en trayectoria circular al pasar por la perpendicular del edificio, de la diferencia de estos valores, y aplicando una sencilla formula trigonométrica, podríamos calcular, sin duda, la altura del edificio.

En este mismo estilo de sistema, atas el barómetro a una cuerda y lo descuelgas desde la azotea a la calle. Usándolo como un péndulo puedes calcular la altura midiendo su periodo de precesión. En fin, concluyó, existen otras muchas maneras. Probablemente, lo mejor sea tomar el barómetro y golpear con él la puerta de la casa del conserje. Cuando abra, decirle: “señor conserje, aquí tengo un bonito barómetro. Si usted me dice la altura de este edificio, se lo regalo”.

En este momento de la conversación, le pregunté si no conocía la respuesta convencional al problema (la diferencia de presión marcada por un barómetro en dos lugares diferentes nos proporciona la diferencia de altura entre ambos lugares). Evidentemente, dijo que la conocía, pero que durante sus estudios, **sus profesores habían intentado enseñarle a pensar.**

El estudiante se llamaba Niels Bohr, físico danés, premio Nobel de Física en 1922, mejor conocido por ser el primero en proponer el modelo de átomo con



protones y neutrones y los electrones que lo rodeaban. Fue fundamentalmente un innovador de la teoría cuántica.

Al margen del personaje, lo divertido y curioso de la anécdota, lo esencial de esta historia es que **le habían enseñado a pensar**. Y eso, justo eso es lo que un verdadero líder hace por su equipo.

Porque al final del día, el liderazgo no se trata de imponer respuestas, sino de inspirar preguntas. Se trata de desafiar lo establecido, de ver oportunidades donde otros solo ven problemas, de construir equipos que no solo obedezcan órdenes, sino que piensen, innoven y resuelvan.

Un verdadero líder no solo enseña procedimientos; enseña a cuestionar, a explorar, a descubrir nuevas formas de hacer las cosas. Forma personas que no solo sigan caminos ya trazados, sino que se atrevan a construir los suyos propios.

Si queremos equipos excepcionales, debemos hacer lo que hicieron con Bohr: **enseñar a pensar**. Porque ahí es donde nace la verdadera grandeza.

Jorge Huerta Bleck.

Experto en dirección estratégica y factor humano.

Linkedin Jorge Huerta Bleck

www.mrmondayoficial.com

www.emprendedurisimomexico.com